

La mujer de barro

Anduvo muy despacio por el camino de «La Creu de la Llonga», bordeando el canal de «La Romana». A esas horas, La Marjal, se engalanaba de los tonos anaranjados del atardecer. Cientos de aves de distintas especies revoloteaban en bandada sobre los cultivos de arroz. Se detuvo a deleitarse de las vistas. Los arrozales empantanados por las aguas del canal, al caer la tarde, lucían como espejo del cielo. La visión era espectacular. Tal y como lo recordaba. No esperaba que fuera a impresionarlo tanto a día de hoy. Pero comprobó que el ocaso en aquel lugar continuaba poseyendo un encanto sobrenatural.

Una imagen pasó fugaz por su mente como las aves que revoloteaban por el firmamento. Vio a su esposa trenzando una espiga de arroz, sentada al borde de la acequia. Sonriendo. «La mujer de barro», la apodaba. Le echaba buenas reprimendas por meterse a faenar en los campos. Era una mujer gallarda, de fuerte temperamento. Inquieta y terca como una mula. Había sido rica de cuna, educada con refinamiento, pero había dejado atrás todas aquellas necedades, renunciando a los lujos para vivir con el hombre que amaba. Por aquel entonces era terrateniente. Trabajador de sus tierras a pesar de tener jornaleros que por él lo hicieran. Su mujer amaba esas tierras tanto como amaba a su hombre. Rememoró el día que su esposa trajo al mundo a su primer hijo. Una niña preciosa. Fue un nueve de agosto. Uno de esos veranos de mucho calor en Sueca. Ni la brisa que venía del mar sofocaba la calina en La Marjal. Y su mujer, sin pensarlo dos veces, había salido a trajinar al campo. La encontró acuclillada en el aguazal del arrozal, embadurnada de barro, empujando a cada contracción, asistida por tres garzas que atestiguaban la escena emitiendo graznidos que acompañaban al unisono sus gritos de dolor. A partir de entonces la llamó «la mujer de barro». No se dio cuenta, pero una sonrisa se había dibujado en su rostro con la remembranza. Sabía que llegarían más recuerdos a su cabeza. A cada paso por el camino de «La Creu de la Llonga».

Cerca de «Casa el Trompón», por el sendero de «La Mota de San Pau», por aquel entonces había una pequeña tasca, donde terratenientes y jornaleros almorzaban. Ahora solo quedaban tres ruinosos

muros en pie de aquella bodega. Fue allí en aquella taberna donde determinados comentarios hirieron su hombría tiempo atrás. Absurdo criterio. Pero astilla que se clavó entre carne y uña de su amor. Nadie veía con buenos ojos que su esposa saliera a faenar al campo, organizara cuadrillas e incluso diera ordenes a diestro y siniestro.

«¡Menuda yegua! ¡Tira de las riendas Vicente!».

«¡A las mujeres no las puedes dejar mandar!».

«¡Parece mentira que sea una dama de sociedad!».

Todos aquellos estúpidos comentarios, de lenguas bañadas en cazalla, iban acompañados de risotadas. Aquellas risas y voces se amontonaron en su cabeza. Hasta que los gorjeos encadenados de las aves que sobrevolaban sobre las ruinas de la tasca hicieron enmudecer los recuerdos en su mente. Continuó caminando. Dejó los vestigios de la taberna atrás.

Cruzó por «Sequieta la Malva», allí su mujer rompió aguas de su segunda hija, el lugar poco había cambiado con el paso de los años. Pudo observar que continuaban colocándose trampas para pescar la anguila. Aquel día su esposa fue a colocar las suyas. Tenía por capricho sus propios «redolins», y después presumía de capturar las mejores piezas ante la Comunidad de pescadores de la zona. Todos se enfurecían. Y ella los amenazaba con comprarse una barquita de madera y reclamar su derecho a formar parte de esa Comunidad. Sin darse cuenta comenzó a reír en voz alta, hasta que su risa desembocó en la molesta tos de la bronquitis que llevaba arrastrando ya meses. La vejez pasando factura.

La finca quedaba ya cerca. A sus espaldas, las montañas del valle de La Murta. Los días nublados, las nubes ornamentaban los picos más altos. Aunque aquella tarde apenas había nubosidad en el cielo. Las montañas acariciaban el firmamento bañadas por el aloque del ocaso.

Caminó lentamente hacia la verja, la hiedra verde se había aferrado al hierro roído del portal principal de la vieja alquería. Empujó el portón y cedió emitiendo un quejido que retumbó en sus oídos como una lamentación. La casa terminaba de hablarle. El caserío se alzaba sombrío y hostil. Habían pasado demasiados años. Era culpable del estado ruinoso de tan majestuosa construcción de

principios de siglo. Estaba situada en un lugar privilegiado, rodeada por los campos de arroz que tanto habían venerado él y su esposa. Regresar a la propiedad había requerido de su valentía. Significaba enfrentarse a los recuerdos. Y a la espina que llevaba clavada en lo más profundo de su corazón. Deshacerse de la villa siempre había sido un dilema al cual hasta ahora no había tenido el valor de enfrentarse. Vender las tierras había sido mucho más fácil. Pero la casa tenía alma. El ayuntamiento iba a expropiarla, iban a convertirla en un secadero de arroz. Aquel había sido por fin el motivo que lo había suscitado a regresar hasta allí. Debía reconciliarse con su pasado. Con su conciencia. O no volvería jamás a tener la oportunidad de cruzar ese umbral.

Nada más cruzar el zaguán de la entrada se sintió abrazado por un silencio incorpóreo, el olor a madera corroída por la humedad impregnaba el ambiente desolado de un hogar que antaño había sido sede de los más peculiares caprichos que había tenido su esposa. A la casa jamás le había faltado detalle; hermosos ramos de flores siempre habían decorado el hall principal. Alfombras, tapices, cortinas de punto de gancho tejidas a mano, objetos de cerámica artesanal y majestuosos muebles de madera de roble tallado. Poco o nada quedaba ya de todo aquello. La villa había sido infinidad de veces saqueada. Y sus hijos se habían llevado todo aquello que habían deseado atesorar. Él jamás quiso llevarse nada. Porque lo que quiso atesorar de por vida ya se lo había llevado la muerte. Siempre caprichosa e inclemente. Su amada «mujer de barro» se marchó dejándole un gran vacío. Y la necesidad de haberle ofrendado con palabras la gran admiración que le procesaba. Por aquel entonces, su obstinado orgullo masculino le cegaba. Necedades. Una sandez que le alejó en algunos momentos de gozar de la plenitud que su compañera le otorgaba.

Apenas era capaz de recordar la última vez que pisó los baldosines del salón principal. Todo a su alrededor se encontraba a merced del paso del tiempo, el olvido se había adueñado de cada rincón.

Atravesó el gran salón y escuchó el crujido de la madera carcomida bajo sus pies. Allí estaba la escalera, tan elegante como siempre. La gran escalinata de peldaños astillados y barandillas grises ahora habitadas por simétricas telas de araña. Alcanzó el primer escalón. Después el segundo. Cada paso detonaba mil motas de polvo. Cada peldaño iba cobrando la forma de reproches y

remordimientos que se clavan como astillas en el alma. Flashes de momentos vividos vinieron a su cabeza. Incluso le pareció escuchar su propia voz. Siempre dictatorial con su esposa y sus hijas. Corrigiendo o regañando. Y después de todo, doblegándose. Bastaba una simple mirada de congoja de las niñas para que sus reprimendas terminasen endulzadas por un beso compasivo. Ahora era consciente de que en verdad nunca fue un hombre intolerante. Solo se limitaba a desempeñar un papel. Una función impuesta como precepto. Y más en la sociedad de antaño. Un hombre tenía que imponer respeto a su familia. Sin respetar. A su esposa le robó lágrimas a disgustos. Y la mujer se marchaba con la sofoquina al campo a escardar. Trajinando ahogaba los enojos. Y luego jamás se lo tenía en cuenta. Era él quien se sentía después como un estúpido. Pero jamás se atrevió a decírselo. La amaba justamente por su forma de ser; su carácter, su iniciativa, su fortaleza envidiable... En verdad nunca quiso hacerla cambiar. Pero ante los ojos de los demás a él no le hacía parecer un hombre. Qué poco le importaba eso ahora. Y cuánto había aprendido de «La mujer de barro».

Se detuvo a escasos pasos de la puerta del que tiempo atrás fue el dormitorio de sus hijas. Allí dentro escuchó las voces de las niñas conversando. Un escalofrío erizó el vello de todo su cuerpo. La mano le tembló al agarrar el pomo del postigo.

Al fin adquirió suficiente valor como para abrir la puerta. La escena en el interior de la estancia se le antojó idéntica a la que antaño atestiguó. Las crías confeccionando trampas para pescar anguilas.

«¡Papá! Mamá nos ha enseñado a hacer las trampas para pescar».

«Formaremos nuestra propia Comunidad de mujeres pescadoras».

«¡Podría enseñaros a hacer vestidos para las muñecas! ¡Sois mis hijas! ¡No vais a ir a pescar!».

Por alguna extraña razón, el reproche que le hizo a sus hijas aquel día flotaba inerte por el habitáculo. El eco de su voz habitaba en aquel dormitorio. También el llanto de las niñas.

Echó un último vistazo a la estancia cubriendo con un velo de sensatez la imagen de los fantasmas que residían allí. Y se consoló con el hecho de que después las niñas crecieron sin que él las desmotivara ante nada.

Pensó en subir hasta la buhardilla. Si quedaba algún objeto de valor sentimental quizás pudiera

encontrarlo allí. Aunque tampoco sabía muy bien si andaba buscando algo. O qué pretendía encontrar.

Titubeó un par de veces antes de echar a caminar. Las puertas del dormitorio principal estaban abiertas. La habitación conyugal. Se forjó un nudo en su garganta ante la inevitable necesidad de tener que cruzar justo por delante de ese umbral si deseaba llegar a la angosta escala que subía hasta el altillo. Las piernas le temblaban a cada paso. No quería mirar allí dentro. Pero escuchó los gritos. Y miró. El lecho ya no estaba allí. Pero lo vio. Allí su esposa dio a luz al ansiado hijo varón que él tanto deseaba. Pudo verla llorando con el niño entre sus brazos. Las blancas sábanas del camastro mancilladas por el color rojo de la sangre. Un tono purpura escandaloso que auguraba un mal presagio. Y la oyó. Pudo escuchar a su esposa. Su voz hacía ecos por el vacío de aquel habitáculo.

«Ahí lo tienes. Un varón».

«La mujer de barro» se marchó después de ofrendarle el hijo que tanto había deseado. Tras haberle reprochado infinidad de veces haber tenido dos niñas cuando él ansiaba un varón. Y no tuvo la oportunidad de pedirle perdón. Aquello, en su día, lo dejó destrozado. A día de hoy le seguía pesando. Fueron sus tres hijos quienes le otorgaron la fuerza. Pero después de aquello, no pudo continuar viviendo en la villa. Se trasladó con los niños a un caserón que poseía en el Palmar. Y los crió allí, como los hubiese criado su madre. Sin distinciones. Con dignidad, respeto e igualdad. Las niñas tuvieron su barquita de madera para salir a pescar por la Albufera. Y le enseñaron a su hermano pequeño a preparar trampas para capturar anguilas. Los críos le otorgaron muchas alegrías, y con ello pudo ahogar su pena.

Subió hasta la buhardilla, lo poco que quedaba allí arriba estaba cubierto por polvo y telarañas. Escombros del ayer. Tropezó con una caja de madera tallada, del tamaño de una caja de zapatos. Se agachó a recogerla y la abrió con curiosidad. Encontró en su interior una espiga de arroz trenzada. Una de las muchas espigas que trenzaba su esposa cuando se sentaba a disfrutar del atardecer en el campo. Después se las ofrendaba a él o a las niñas con una sonrisa. Soltó la caja y aferró la espiga

seca contra su pecho. Rompió a llorar. Se llevaría consigo un pedazo del querer de «la mujer de barro». Sintió alivio. Supo que ella estaba orgullosa de cómo había criado a sus hijos. Supo que lo había perdonado.